

# La víspera del guerrero

Obra de: Juan Carlos Valdez

Esta obra está protegida por las leyes de derechos de autor (Indautor) y su descarga es exclusivamente para propósitos de lectura.

Puede solicitar los derechos de montaje haciendo clic [aquí](#).

Para más obras del autor, haga clic [aquí](#).

*PERSONAJES*

YAQUI Hombre yoeme de aproximadamente 30 años.

YORI Hombre mestizo en uniforme militar.

YOMUMULI Mujer sure de tiempos ancestrales.

WIRU MASA

SEAHAMUT Mujeres yoeme durante la ocupación española.

MUJER 1

MUJER 2

MUJER 3 Mujeres y hombres yoemes durante su persecución, exterminio y despojo perpetrado por el gobierno.

SANTIAGO

TIBURCIO

ANCIANO Versión futura del Yaqui.

*ESCENARIO*

Un claro de monte en la sierra del Bacatete alrededor de 1900.

En el territorio yaqui del estado de Sonora existen lugares, bien ubicados por miembros de la tribu, donde se puede entrar en contacto con la magia de la fe pagana de su cultura. Los llaman Yoo Jo'ara (Lugar de Encanto), y son visitados por yoemes solos, por lo general futuros músicos y danzantes tradicionales, en busca de iluminación o conocimiento místico. El Yoo Jo'ara es parte natural de la tierra y el monte, sólo se distinguen por lo que ahí vive quien lo visita.

YAQUI – Cargo mi herida con dos manos desde el cuartel de Pitahaya hasta la mitad del camino a Huírivis. Quiero llegar a la iglesia donde soy Chapayeca. Pero mi sangre me escurre entre los dedos como harina seca y mancha la tierra. Cambio mi rumbo hacia el Bacatete. Si los yoris van a seguir mi rastro, mejor no enseñarles el camino al pueblo. Camino mucho, derecho y sin torcer para que crean que tengo rumbo. “Que me sigan” voy diciendo, quiero gritar pa’ que me oigan pero ya no tengo aire. Que me sigan y se pierdan los yoris pelones. Tan dentro del Bacatete ellos no conocen, y no van a saber cómo regresar. Y ni como seguir mi rastro de regreso porque los mochomos se comen la sangre que queda en el suelo y lo dejan limpio. Al menos un día se van pasar perdidos buscando algún lugar conocido. Un día caminando en el monte, sin saber dónde hay agua ni comida. Los pelones sin rumbo no van aguantar. Y pa’ cuando me encuentren, si no se cansan antes, yo ya voy a estar muerto. Riéndome de ellos.

Caigo con la cara al piso y ya no me puedo levantar. Me quedo quieto, tranquilo como descansando de un día con mucho trabajo en la tierra. No se escuchan pasos, ni voces, ni pájaros espantados. Nada. Los pelones no me siguieron. No se atrevieron, saben que no es fácil salir vivo del monte en estas épocas. Me quiero voltear a ver si el sol ya está bajando y veo las nubes pintadas de amarillo. Mis manos están pegadas a mi pecho con la sangre cuajada. Caminé derecho y sin fijarme, pensando en mi venganza. Ya ni yo sé dónde estoy.

En el monte Dios no escucha. Hay que ir a la iglesia para rezar. Así le dicen a los yaquis para que bajen de los cerros y se acerquen a los pueblos en época de guerra. Si queremos pedirle a Dios hay que entrar a la iglesia y hacer plegaria en misa. Yo tengo que hacer lo que pueda para que Dios me escuche aquí tirado en el suelo. Inicio una plegaria.

Padre Dios, que eres tan poderoso, mira cómo estoy. Apíadate de mí, que estoy malherido. Por favor, Señor, llévame a donde está mi familia para poderlos ver otra vez. Te ruego que me des descanso. Señor, Caminé todo lo que pude, pero no llego a tu iglesia. Mírame en el monte, perdido donde no hay caminos. Que tu mano me alcance y

me arrastre hasta a tu puerta. Llévame a tu casa, no pido más que morir cerca de ti. Estoy muy cansado, te pido que me lleves, Señor.

Se me va el último aire. Ya no puedo rogar más.

El corazón que me latía fuerte al caminar, descansa cada vez más entre cada latido. Se debilita el golpe de mi sangre en la herida. El dolor intenso que me he estado tragando ya no me importa, porque Dios me escuchó. Cierro los ojos para sentir, al fin, la paz. Pero mi pensamiento no descansa. Veo el cañón del güico apuntándome y el fuego que le brota. No llega la paz. Abro lo ojos y las nubes ya no están. Ni el sol. Pero puedo ver todo. La luz del cielo ilumina el monte. Ya no escucho hacia dentro de mí, los mezquites parece que murmuran entre ellos. Oigo al viento chocar contra el cerro. Y siento una presencia. ¡Satanás!

YORI:

No, compañero, yo no soy ese.

YAQUI

¡Déjame irme! Voy camino a la casa de mi Dios padre.

YORI:

Yo no te tengo agarrado. A donde tú quieras ir, puedes ir... menos a donde no te toca ir.

YAQUI:

Diablo yori, no interrumpas mi camino.

YORI:

Compañero, no estás muerto.

YAQUI:

No me vas a engañar.

YORI:

Es verdad. No te engaño. ¿Tienes dolor? ¿Tú crees que los muertos sienten dolor?

YAQUI:

¿A dónde me llevaste?

YORI:

Desde que caíste herido nadie te ha movido. Pero sí estás en otro lugar.

YAQUI:

¿No estoy en la casa de Dios?

YORI:

¿Tú crees que yo voy a entrar a la casa del Señor?

YAQUI:

Diablo yori, déjame llegar a él.

YORI:

¿Por qué tanto apuro?

YAQUI:

Llegó mi hora de morir. Su luz me está iluminando.

YORI:

Ese no es Dios, te doy mi palabra.

YAQUI:

La palabra Yori no vale.

YORI:

Te doy mi mano, entonces. No es tu herida la que te tiene ahí.

YAQUI:

Caí peleando. El único que me puede levantar de aquí es Dios.

YORI:

Estás muy seguro, compañero.

YAQUI:

He defendido a mi pueblo como lo manda el juramento.

YORI:

¿Qué juramento te compromete?

YAQUI:

El juramento yaqui. Estoy bajo el mandato de Señor. Es su luz la que me ilumina.

YORI:

Si esa es la luz de Dios, entonces estoy en el lugar equivocado.

YAQUI:

Eres un mal sueño, yori pelón. La bala que me dispararon venía cargada, me está haciendo ver pesadillas. Pero voy a morir, estoy convencido. Muerto ya no voy a escuchar tus mentiras.

YORI:

¿Hace falta estar muerto para hablar con un muerto?

YAQUI:

No tengo más para qué escuchar al diablo yori, y Dios no atiende si uno no se encomienda. Inicio otra plegaria.

YORI:

¿Ya te estás encomendando otra vez? Has de tener miedo que en las alturas nadie te oiga. ¿Para dónde quieres ir? ¿Para arriba? Si no sabes a dónde estás, ¿cómo vas a saber para dónde pedir que te lleven? Piensa si no te estarás encomendando nomás al aire.

YAQUI:

Señor, sácame de la pesadilla de este yori que me quiere confundir.

YORI:

Tú quieres hablar nomás con el silencio. Mira pa' los lados, vas a ver a los que sí están.

YAQUI:

El aire se llena de olor a yerba. Como de raíces sacadas de la tierra. Es una hermana sure quien llega. Es una aparición viva. Despidiendo calor de su cuerpo. Pero los sures son cuentos de la tradición, pienso. Los sures no viven como nosotros. Su mundo existe en las historias.

YORI:

Entonces sabes quién es ella.

YAQUI:

Yomumuli

YOMUMULI:

El plomo incrustado en tu carne te está matando. Pero el dolor que sientes está en tu alma. La vida te está haciendo rabioso. Yo puedo sanar tu herida, pero no puedo atender tu alma.

YAQUI:

La hermana sure me toca la llaga y siento que sus manos tienen el calor de la leña encendida.

YOMUMULI:

Escúchame, Yoeme. Has hecho plegaria a un santo para que se lleve tu alma. Has pedido con insistencia que tu vida se acabe.

YAQUI:

Sí. Le pedí al Señor que se apiade de mí. Porque he hecho la guerra desde que me acuerdo, y este día perdí hasta mi vida.

YORI:

¿Quién dices que te mató?

YAQUI:

¡Yoris como tú, hombre! Los que le están haciendo el mal a la gente que nació aquí y que aquí vive desde el tiempo antiguo. Esa es la gente que me mató.

YOMUMULI:

Cuando termine de sanarte, te vas a poder levantar.

YAQUI:

Yo no me puedo levantar de aquí. Este es el lugar de mi muerte, aquí me corresponde estar. Hasta que mi alma llegue a la casa del Señor.

YOMUMULI:

A nadie le sirve que te mueras hoy.

YAQUI:

Estoy resignado. Así lo quiso Dios, y así lo quiero yo también.

YOMUMULI:

Aceptas un destino muy triste, Yoeme.

YAQUI:

Lo caminos de Dios son misteriosos. Así lo dicen en nuestra iglesia. ¿Por qué yo no iba a creer?

YOMUMULI:

Tu iglesia mestiza te guarda muchos secretos. Te acostumbraste a aceptar la desgracia. Pero el yaqui y su tierra son uno y el espíritu yoeme vive por todo el territorio, cuidando a sus hijos. Por ese espíritu estoy aquí.

YAQUI:

¿Y por qué está ese yori aquí si es el enemigo? Tu leyenda lo dice bien, Yomumuli. Desde antes de que llegaran los yoris, ya estaban provocando que se dividiera la gente. Los sures tenían sus maneras. Vivían juntos como los hermanos, pero los españoles les sembraron discordia. Los yoris así se dan a conocer, es lo único que saben y es lo único que enseñan. Eso les aprendimos a los mestizos, por eso la gente yaqui no sabe cómo quedarse junta.

YOMUMULI:

Me dijeron que llegarían unos hombres desde muy lejos. Con armas, un dios y una religión. Nos van a bautizar a todos y ya no seremos sures. Los que no quieran ser bautizados, se tendrán que ir. Los que se queden aquí tendrán que aceptarlo. Eso le tuve que decir a mi gente.

YAQUI:

Así los yoris... no habían llegado y ya estaban disponiendo de la gente.

YOMUMULI:

Muchos no me creyeron. Pensaban que yo les decía mentiras. Pero yo no dije nada. No eran palabras mías. Yo sólo les decía lo que entendía del mensaje. Me fue regalado el don de entender las lenguas, pero no el de inventar historias.

YAQUI:

Escucha, pelón, porque los yoris no saben nada. Así dividieron a los sures. Unos aceptaron, otros no. Los que no quisieron ser bautizados, se fueron al monte y a los cerros. Hicieron hoyos entre las piedras para meterse, como en la guerra. Y con los años se convirtieron en saltamontes, venados, cuervos, todos los animales que andan por esta tierra. Correteados sin respeto por los yoris.

YOMUMULI:

Los que nos quedamos y aceptamos el bautizo, aquí seguimos. El tiempo nos cambió también. Pero sabemos que la magia de la tierra está ahí, cuidándonos, mientras nosotros cuidamos a la tierra.

YAQUI:

Y peleamos por ella. Escucha bien, Yori, cómo le arrebatan a uno la vida cuando le arrebatan la tierra.

YOMUMULI:

Todo lo que está en mi sabiduría hacer por ti, ya lo hice, Yoeme. Ahora puedes ponerte de pié, la herida que tenías ya no te seguirá afectando.

YAQUI:

Pero eso no me toca hacer. Espero el descanso eterno aquí, donde Dios eligió que mi cuerpo cayera herido.

YOMUMULI:

Tú ya no esperas los milagros del mismo Dios que tenías hace rato. Tienes un nuevo templo aquí en el monte y no necesitas al Dios mestizo. El espíritu Yaqui te escogió

para bendecirte y para ti todo ha cambiado. El camino a la muerte no se recorre echado en la tierra, menos para un guerrero juramentado. Yo elegí ser quien soy ahora, cuando acepté el bautizo. Elegir nos compromete, y aceptar es elegir. Ahora mismo me tengo que devolver al lugar y al tiempo que me corresponde. La fuerza para seguir viviendo tendrás que encontrarla tú mismo.

YAQUI:

La hermana Yomumuli se aleja. Al canañar ya no me parece un Sure, camina mas como mujer yaqui.

YOMUMULI:

Cumple tu misión, enemigo yori.

YAQUI:

Se fue y se me queda la sensación de sus dedos calientes cerrando mi herida. Mi corazón vuelve a latir. Mi pecho se llena de aire que alimenta mi sangre y la hace correr con nueva fuerza. Podría estar feliz, pero no dejo de pensar que me han arrebatado mi muerte. Un yaqui no espera su muerte tirado en la tierra. Menos un guerrero que ha aceptado el juramento.

YORI:

¿Qué rezas, Compañero? Dame el gusto de escucharte.

YAQUI:

No eres persona para oír el juramento. Menos para entenderlo.

YORI:

Tú sabes que de las pocas buenas cosas que se aprenden en la guerra, es a entender al enemigo. Hazme el honor, Compañero.

YAQUI:

Para ti no habrá ya sol... para ti no habrá ya muerte... para ti no habrá ya dolor... para ti no habrá ya calor... ni sed, ni hambre, ni lluvia, ni aire, ni enfermedades, ni familia... Nada podrá atemorizarte... Todo ha concluido para ti... menos una cosa... el cumplimiento del deber... en el puesto que se te designe, ahí te quedarás... por la defensa de tu nación... de tu puesto, de tu raza, de tus costumbres... de tu religión... ¿Juras cumplir con el mandato divino?

YORI:

¿Juraste?

YAQUI:

Sí.

YORI:

Me suena a que alguien piensa que se te olvidó.

YAQUI:

¡Ningún yoeme olvida el juramento! Es parte de nuestra tradición. Olvidar las promesas es costumbre yori.

YORI:

Tan bien que conoces a los mestizos, ¿no se te habrá pegado alguna mala maña?

YAQUI:

Me lanzo encima de él y le ato el cuello con mis manos. ¡Estás muerto, yori pelón!  
¿Qué quieres?

YORI:

Lo que menos importa es lo que yo quiera. Soy puro viento, soy esa sombra en la tierra... soy la pura punta de la flecha.

YAQUI:

Las flechas matan.

YORI:

La intención de la flecha es la que mata. La punta sólo abre el camino.

YAQUI:

Estás muerto.

YORI:

Si no lo he de saber yo. ¿Qué tal tú, Compañero? ¿Ya acataste tu situación?

YAQUI:

Lo suelto, no tengo más razón de quererlo derribar. Ya lo había hecho antes. Sé quién eres. En Masokoba, fuiste el único pelón al que maté. Te recuerdo bien, Yori pelón, te puse una bala en el puro pecho.

YORI:

¿Para qué más presentaciones, verdad?

YAQUI:

Habla, Yori. ¿Qué andas caminando acá si estás muerto? ¿Me quieres llevar al infierno de los yoris?

YORI:

Más figúrate que nadie quiere llevarte a ninguna parte, y por eso que aquí estés todavía. La misma magia que te tiene aquí es la que me trajo. Y no es mía.

YAQUI:

¿De dónde vienes?

YORI:

De la muerte, compañero. Mi situación es muy fácil de acatar. Pero tú...sé que estás entre muerto y vivo, nomás de pasada por este lugar, como yo y otros que vienen. Sé que es un mundo diferente. Tú ya lo conocías, pero nunca lo habías visto. En este pedazo de tierra gobierna el espíritu de tu pueblo. No tú, porque te trajeron aquí para escuchar. Tampoco yo, porque aquí vengo con un encargo que dependo de ti para cumplir.

YAQUI:

¿Qué encargo te hicieron?

YORI:

Cuando esta luz se vaya y quedes sólo tú, vas a estar convencido de seguir viviendo. Mi encargo es acompañarte hasta que tú quieras seguir viviendo.

YAQUI:

Te condenaron, pelón. Yo ya no quiero vivir.

YORI:

Ya se había visto desde hace rato. Pero esta situación no depende de ti, Compañero. Ni de mí. Se tiene que hacer. Ya está dicho. ¿Qué más iba a hacer yo acá contigo y con tu gente?

YAQUI:

Venirme a robarme mi muerte, por venganza.

YORI:

Yo no tengo ese interés. Estoy bien lejos de esa agitación.

YAQUI:

¿Quién puede tener interés en que yo desee vivir? ¿Cuánto interés puede haber en no dejarme descansar?

YORI:

El suficiente para tenerte aquí.

YAQUI:

Contra mi voluntad.

YORI:

Así de grande es el interés.

YAQUI:

¡Es mi voluntad y mi derecho!

YORI:

Tu voluntad es sagrada, por eso hay que convencerte, para que tengas la voluntad. Pero tu derecho... ese no está en mis manos concedértelo ni quitártelo, Compañero.

YAQUI:

Cumplí con mi deber de persona y de soldado, también cumplí como padre y esposo. La muerte de un hombre que ha cumplido con su deber no le debería ser negada.

YORI:

Hay quienes saben más de ti que lo que sabes tú.

YAQUI:

Todos tenemos derecho a descansar.

YORI:

Ese es tu pensamiento.

YAQUI:

Es como el de todos.

YORI:

Esa es una verdad que hay que comprobar con otra gente.

YAQUI:

Nadie va a pensar diferente.

YORI:

Las únicas verdades que son de todos están en las historias que se cuentan para siempre. A la gente que vivió esas historias hay que escuchar.

YAQUI:

Una mujer aquí. Vagando como fantasma. ¿Qué busca entre la tierra? Es antigua, lo veo en su ropa. Camina hacia nosotros y nos encuentra. Se le ve tan espantada como yo al verla llegar.

MUJER:

Dios los bendiga, ánimas del Yoo Jo'ara. Disculpen que los molestemos. Sólo hacemos un descanso en camino al ojo de agua de Sibam. Yo pido siempre por las almas de los muertos, pediré por ustedes también en mis plegarias.

YAQUI:

No somos...

YORI:

Gracias, Mujer. Los espíritus te damos la bienvenida.

MUJER:

Yoeme, ¿ya vio que el hombre que lo acompaña parece enemigo?

YAQUI:

Ya lo noté. No se ocupe, tiene compromiso conmigo.

MUJER:

¿Cómo su prisionero?

YAQUI:

Sí, mi prisionero.

VOZ:

¿A quién saludas, Wiru Masa?

WIRU MASA:

Seahamut, descanse.

YAQUI:

Esa voz tan débil. Ha estado muy cerca de la muerte, pensé al oírla. Como yo. La desgracia le cambia a uno la voz, y ella tenía cambiada su voz.

WIRU MASA:

Yo vengo de Pótam. En Pitahaya encontré a ésta mujer.

SEAHAMUT:

¿Con quién hablas, Wiru Masa?

WIRU MASA:

Dos señores que están junto a mí. Los saludo y les pido que nos dejen acampar aquí.

SEAHAMUT

¿Son espíritus? Sólo puedo verte a ti.

YAQUI:

No nos puede ver. ¿Qué puede significar esto? Tengo que verla de cerca. Buen día, Señora. La puedo ver completa, sentada sobre la tierra como árbol caído. Tiene a un bebé en sus brazos. Ya no sé distinguir que es real y qué no.

SEAHAMUT:

Wiru Masa, ¿Alguna magia no me deja verlos?

WIRU MASA:

Descanse, Seahamut, se lo ruego. No hay nada que temer. Ella está muy enferma de tristeza. Hace unos días le dieron la noticia de la muerte de su esposo.

SEAHAMUT:

En Sibam hay espíritus que viven en el ojo de agua. En lo profundo del pozo. Son gente de un pueblo encantado. Ta'a Himsi me lo platicó cuando estuvimos ahí. Quise verlos, pero tampoco entonces pude ver nada. Creo que los espíritus no quieren que yo los vea.

YAQUI:

Habla, Yori. ¿Por qué no puede vernos? Pide que nos pueda escuchar. Quiero hablarle. Puedo ver que su tristeza es muy grande. Sé lo que siente.

YORI:

¿Tú le quieres ayudar con su tristeza? Ta' bueno el hueso para el caldo. ¿Qué diferencia le ibas a hacer tú si le hablaras?

SEAHAMUT:

Si un espíritu me hablara ahora, en vez de asustarme, yo le preguntaría por mi amado. Más aún, si me encontrara a mi esposo en espíritu como una sombra espantosa, me tragaría el miedo y lo seguiría sólo para poder ver su silueta una vez más.

WIRU MASA:

Su esposo fue el guerrero más valiente. Murió en Batachim, pero primero mató a mucho españoles. Fue un hombre grande. Por azar, ¿sabrán ustedes qué ha sido de su alma?

YAQUI:

Su bebé se inquieta. Se queja de hambre. Lo sé porque lo vi con mi hijo mientras estábamos en guerra. Esa niña necesita comer.

SEAHAMUT:

Tranquila, Hija mía. Estás en los brazos de tu madre. Come. Anda, come. Mi hija tiene hambre, pero yo ya no tengo leche en mis pechos. No la puedo alimentar.

WIRU MASA:

No hace más que lamentarse desde que recibió las malas noticias de su marido. La pena de Seahamut por su esposo la tiene sin comer ni beber desde hace días. Su hija

tiene hambre, yo buscaba alguna raíz para ofrecerle. Toma un poco de agua, Seahamut.

SEAHAMUT:

No puedo tomar más. Gracias.

WIRU MASA:

Hazlo por tu hija. Tiene hambre y te necesita.

YAQUI:

Ella lo intenta y traga un poco pero su garganta está cerrada y tose.

SEAHAMUT:

Lo lamento, Aaki Sewa. Esta tristeza por tu padre domina a mi cuerpo. Toma tú un poco de agua.

YAQUI:

Seahamut moja su dedo en el agua y se lo da sorber a su bebé. El agua le sabe agria, es muy pequeña para alimentarse sólo de agua. ¿Cuánto tiempo ha estado así?

WIRU MASA:

Dos días en Pilaesi'im y dos días caminando. El tiempo que ha pasado conmigo, no sé cuánto tiempo más antes.

SEAHAMUT:

Wiru Masa, ¿aquí siguen los espíritus? Pregúntales por mi esposo. Se llamaba Ta'a Himsi.

WIRU MASA:

No se angustie más, Seahamut. Piense en su hija. Señores, ¿agua?

YAQUI:

No quiero beber el agua que me ofrece esta mujer. Hay vida en su ofrecimiento, y yo ya no la quiero. Pero no me puedo negar, el agua aquí en el monte es preciosa, al ofrecerla uno compromete su propia vida y sería una gran ofensa ser rechazado. Gracias.

WIRU MASA:

¿Agua, Hombre?

YORI:

Bendita seas, mujer.

YAQUI:

Seahamut comienza a cantar una canción para calmar a su bebé. Es una canción alegre para los niños, pero de su boca brota como un lamento de cantora.

WIRU MASA:

Con respeto, ustedes no se parecen a nada que yo haya visto antes. ¿Qué los tiene aquí en el Yoo Jo'ara?

YORI:

Creo que piensas ya en una razón de que estemos aquí.

WIRU MASA:

Creo que la presencia tuya, yori, y la de este hombre yaqui, es de mal agüero para nosotras.

YORI:

Eres muy sabia. Sabrás comprender que nuestra presencia no cambia el destino de ninguna de ustedes.

YAQUI:

Habla claro, yori. ¿Por qué siente que somos un mal presagio?

YORI:

No hay de qué mortificarse. En este lugar no va a pasar nada que no deba pasar.

YAQUI:

Seahamut ha dejó de cantar y parece desvanecerse.

WIRU MASA:

Seahamut, despierta. Está muy fría. Hombre, por favor, algún abrigo. Estás desmayándote. Apenas puedes sostener tu cabeza. Déjame tomar a tu bebé.

YAQUI:

Ella trata de tomar el bebé de los brazos, pero su madre con la poca fuerza que tiene se aferra y no se lo permite. Sus manos moribundas son más fuertes que las de ella. A Seahamut se le acaba la vida.

WIRU MASA:

Está fría como piedra. El calor de su bebé la mantiene viva. No puedo separarlas, tengo que dejarlas juntas.

YAQUI:

Yori, ¿tú estás haciendo esto?

YORI:

Te dije que tengo el mismo poder de una sombra.

WIRU MASA:

Creo que está diciendo algo, apenas la escucho. “Perdóname, hija querida, pues no me puedo quedar a cuidarte. Mi corazón está débil por la tristeza. Recuerda a tu padre

y recuérdame a mí.” Se está despidiendo. Ustedes espíritus ¿Pueden hacer algo por ella? Su voz se pierde. Ustedes... vinieron para ver esto. Saben lo que va a pasar.

YAQUI:

Yori, pide por ella, sálvala.

YORI:

¿Por qué te afanas en pelear por ella si su tiempo ya pasó? No hay nada que hacer por ella.

YAQUI:

Entonces, ¿Qué debo hacer?

YORI:

Mirarte en su reflejo.

YAQUI:

Seahamut se deja ir, ahogada de tristeza, a donde sólo los muertos saben llegar. Wiru Masa toma al bebé en sus brazos. Si esto lo hacen nomás para demostrar, ya deténlo. No me hagas padecer más.

YORI:

No hay nada que por piedad se pueda hacer por ellos.

YAQUI:

Diablo yori...

WIRU MASA:

Señores. Espíritus. Se fueron. Ya vieron lo que quería ver. Espero que ayuden a Seahamut y que la acompañen a encontrar a su esposo allá en la casa de Dios. Aaki Sewa me tendrá para cuidarle.

YAQUI:

¿Qué pasó con la niña?

YORI:

Vivió y creció.

YAQUI:

¿Qué fue de su vida?

YORI:

Conoció a sus padres, por las historias que le contaron. Tuvo hijos y nietos. Conservó las tradiciones y murió siendo anciana; ¿Qué pasa, Compañero? Ahora miras con otros ojos.

YAQUI:

Te equivocas, Yori. No hay reflejo.

YORI:

No lo ves.

YAQUI:

¡No lo hay! Porque Dios sabe que no abandono a nadie. Dios sabe que no tengo a nadie a quién abandonar. Peleé y peleé, todos los días. Con el Güico y con la daga. Con una piedra en la mano. ¿Para qué? Para ver después de cada batalla que algo más me habían quitado. Mi tierra, mi casa y mi pueblo. Seguí peleando, y perdí a mis padres, mis hermanos, a mi esposa y a mi hijo. Todos, por esta maldita guerra contra los yoris que no se acaba. Y así sin nada me quedé en mi guardia, hasta que a traición nos vi-

nieron a matar. Tú me viste ahí tirado apretando mi sangre cuajada de tierra. Ahí, al final de todo, me quitan mi bien ganada muerte. No hay reflejo, Yori.

YORI:

No hay muerte que a uno lo haga libre. No importa quién se la dé. Mírame a mí. Míralos a ellos.

YAQUI:

Estás errado. Y ese que quiere hacerme dudar de lo que ya por seguro tengo yo, también.

YORI:

Aquí todos hablan la verdad. Nomás hay que mirarlos. Ellos son la verdad que se guarda en la memoria.

YAQUI:

A qué voy a alegar si yo sé que es la verdad. Conozco la guerra como todos, y también las historias que existen por la guerra.

YORI:

Si te mueres hoy, sólo el recuerdo de algunos que te conocieron va a quedar.

YAQUI:

Los que me conocieron ya no están aquí. Los mataron, te dije.

YORI:

Entonces, tal vez ni recuerdo haya.

YAQUI:

No tengo vanidad. Fui soldado para pelear, no para presumir. Si alguien se acuerda de mí, va a ser por lo que hice. Poco, pero fue para lo que Dios me dio venia. Hay a quie-

nes les dieron más para hacer más cosas. Ahí está Tetabiate, que la gente lo recuerda por todo lo que hizo. De él se van a contar historias para siempre. Yo no nací para ser así como él. Yo hice lo que pude.

YORI:

Muerto ya no vas a poder hacer nada, por nadie. Si no soy persona para convencerte, ¿a quién quieres ver?

YAQUI:

Ya seguí a muchos. Nomás ha sido para ver más muerte. Miro para atrás y sólo encuentro desgracia. Con Tetabiakte y Opodepe veo la masacre de Mazokoba y a mi familia prisionera. Se los llevaron para el sur cuando me volví a la sierra con los yaquis alzados. Los vendieron para trabajar y los mató la fiebre. Dos años harán que me mandaron decir. Y yo que me escapé del tren cuando nos llevaban prisioneros a Hermosillo. Yo que escuché a mi esposa cuando me dijo que me escapara del tren a la sierra con los kaujoomem. Yo que tiré el güico, aluego de darte el plumazo para que no me fusilaran en Mazokoba. ¿De qué sirvió? Nomás para ver más calamidad.

YORI:

No veas para atrás, entonces. Mira a quienes hoy están vivos y peleando.

YAQUI:

Sombras caminan entre nosotros. Una fogata los agrupa.

YORI:

El fuego hace ver las cosas diferentes. Pero los modos casi no cambian. Guerra es guerra.

YAQUI:

¿Qué ganas con que yo viva?

YORI:

Yo nada. Un muerto menos para esta guerra. Si quieres ver este asunto como que yo gano algo, pues, me gano quedarme bajo mi cruz, ya para siempre.

YAQUI:

El yori no mueve un dedo sin ganancia. ¿Quién te obliga a estar aquí?

YORI:

El mismo que a ti.

YAQUI:

¿Qué ganan con no dejarme descansar?

YORI:

Este pleito no es por ganarte a ti, ni a nadie. ¿Por qué pelea tu pueblo? ¿Por qué peleas tú?

YAQUI:

Pelemos para que no nos quiten lo que es nuestro.

YORI:

No es por ganar algo; es por no perder lo que ya es de uno.

YAQUI:

Las sombras nos rodean. Me parecen conocidos. Se ven como yo.

YORI:

Ellos son todos. Tus ancestros, tus parientes y tus hijos.

YAQUI:

¿Por qué te apareces tú en este sueño mío y de mi gente?

YORI:

Cuando me ves, ¿a poco no te vienen cien razones para seguir luchando?

YAQUI:

Veo a la gente moverse como preparando un recibimiento. ¿Esto es Pitahaya? Estoy viendo a mi pueblo. Todo esto es para convencer a un solo hombre. Yo no me he ganado tantas atenciones. Soy un soldado muerto en batalla como hay muchos en esta guerra. No entiendo la insistencia conmigo.

YORI:

Si convencerte fuera sido fácil, ni para qué insistir. No hubiera llegado yo contigo en primer lugar. La necesidad, compañero, te hace valioso.

YAQUI:

Yo conozco a esos hombres, los que hablan junto al fuego. Son Santiago Güicoyoi y Tiburcio Agraciamaqi. Son los guardias de Luis Bule, el general de los ejércitos de la sierra. ¿Están muertos también?

YORI:

No. Lo que ves de ellos es algo que está por suceder.

YAQUI:

¿Y a qué vienen?

YORI:

Vienen a vigilar a su general en la firma de la paz con el ejército del gobierno.

YAQUI:

El general Luis Bule nunca ha firmado la paz con el gobierno.

YORI:

Hasta antes de este día. Dentro de unos meses va a comenzar a tener acuerdos con Lorenzo Torres y lo van a convencer de llegar a una tregua el año próximo y firmar la paz.

YAQUI:

¿Se va a acabar la guerra?

YORI:

Ese va a ser el trato.

YAQUI:

Estas mujeres están llevando comida los soldados. Son parientes mías que están escondidas hoy en la sierra. Van a bajar al pueblo para hacer la paz. Me estás hablando de algo que va a pasar. ¿Cómo puedes saber lo que va a suceder?

YORI:

Yo no soy el que lo sabe. Me lo dijeron para que lo sepas tú.

*(Mujer 1: ¿Qué ha dicho Luis?)*

*(Santiago: Todavía está hablando con el gobernador.)*

YAQUI:

Los únicos tratos que hace el gobierno yori, son tratos ventajosos para ellos. Dime si habrá paz.

YORI:

Mejor te esperas a que ellos te digan a su manera.

MUJER 1:

General. Coma un poco. Estamos esperando a que empiece el juramento de paz.

YAQUI:

No me reconoce, cree que soy otra persona. Me está ofreciendo comida de paz.

MUJER 1:

Coma, Luis.

YAQUI:

Gracias, mujer.

MUJER 1:

Coma, Gobernador. Ya mero acaban de jurar la paz.

YORI:

Gracias.

YAQUI:

Ella cree que yo soy Luis Bule.

YORI:

Porque no te está viendo a ti, lo ve a él. Y en mí ve al Gobernador.

YAQUI:

¿Qué gobernador?

YORI:

En el escuadrón decíamos que en temporada de tiros, del que estuviera gobernando, nos daba lo mismo saber su nombre o no.

YAQUI:

Por eso los soldados yoris no tienen lealtad. Porque sus generales no tienen cara. Aquí en el yaqui los que gobiernan son personas, y las personas tienen nombre. Así que los soldados sean mil y se enfilen en legión para no ser vistos, cada uno paga por lo suyo. Aunque sus generales se quieran tragar su nombre para que no los conozcan, con sus nombres van a cargar las cruces que repartan, para siempre. Dime quién va a negociar con Luis Bule.

*(Mujer 2: Los pelones se están colocando alrededor del pueblo. No están rodeando. Santiago: Ve a decirle a Luis.)*

YORI:

Rafael Izabal, en compañía de Lorenzo Torres y Luis Torres. Con sesenta mil soldados y testigos del otro lado en el pueblo de Pithaya.

YAQUI:

Tiburcio se acerca a nosotros. Tiene ojos de pasmado. Nada bueno puede salir de negociar con el gobierno.

TIBURCIO:

Luis. Los pelones están rodeando todo Pithaya. Ellos tienen que prometer que no habrá disparos.

YAQUI:

Los soldados del gobierno nos están rodeando. El trato va a ser un engaño, Luis Bule debiera saberlo.

YORI:

Él, igual que todos, se va a cansar de huir por la sierra. Quiere la paz, como toda su gente.

*(MUJER 3: Ya rodearon todo el pueblo. Nos tienen encerrados a todos.)*

*MUJER 2: Dile a Santiago.)*

YAQUI:

Este gobierno no quiere la paz con la gente. Izabal y su cuadrilla de gringos y mexicanos quieren comerse esta tierra a mordidas. Se ensañan con los yaquis porque nuestra tierra es buena. Por eso nos hacen la guerra. Y como el yaqui no se deja, nos quieren apaciguados o muertos.

*(MUJER 3: Los pelones nos tienen flaqueados. Rodean todo el pueblo en doble columna.*

*SANTIAGO: Luis está hablando con el gobernador. Hay que esperar.*

*TIBURCIO: Mujer, dile a los demás que aguarden.)*

YAQUI:

Han de creer que seré un gran general como Luis Bule. Por eso se toman la molestia de contarme lo que va a pasar.

YORI:

Yo sé otra cosa: Tu pueblo piensa que los hombres valen igual unos que otros. El valor de uno es el valor de todos.

MUJER 1:

No ha comido nada, General. Se puede enfermar. Coma. Usted también, señor Gobernador.

MUJER 3:

Luis. Me mandaron a decirle algo: los federales pusieron dos cajas allá afuera. Quieren que echemos nuestras armas en una y en la otra van a poner el equipo. Nos quieren desarmar.

YAQUI:

Va a ser un engaño. Nos quieren quitar nuestra defensa.

YORI:

Lo van a intentar. Dirán que pongan todas sus armas y municiones en cajas para que el padre las bendiga. Las armas han pecado, por eso hay que bendecirlas. Han matado a mucha gente.

YAQUI:

Luis Bule no va a aceptar algo así.

YORI:

No le vamos a preguntar si está de acuerdo.

YAQUI:

El yori ya no es el mismo. Toda su cara cambió. Puedo ver en él la cara de Izabal. ¿Qué haría Luis Bule? Tener a su guardia cerca. Porque en cualquier minuto se sueltan los balazos.

YORI:

Dios los ha castigado, y ahora está bajo el poder del gobierno.

YAQUI:

Mi guardia está conmigo. Este yori me levanta la voz. Él ya no quiere negociar. Mi guardia ya no está en descanso. Los arreglos de paz son claros y se hacen bajo la consulta de los ancianos de la tribu. Si no hay acuerdo en dejar las armas, entonces no habrá ninguna orden para que el ejército yaqui entregue sus armas. El gobernador sigue alzando la voz.

YORI:

¡Entréguelas!

YAQUI:

Mi guardia lo amenaza. El Yoo Jo'ara transformó al yori. No es el mismo de hace rato. Ahora tampoco yo quiero negociar. No habrá acuerdo, Gobernador.

YORI:

Están rodeados. No se pueden negar. Noventa de ustedes contra sesenta mil del gobierno mas testigos. No hay salida.

YAQUI:

La única paz que el ejército yaqui aceptará será la que se haya jurado junto a la cruz como los ancianos lo mandan.

YORI:

Si no entregan las armas a la orden de mi voz, entonces Torres dará la orden de arrestar a todos y deportarlos. Los sacarán del estado como animales al rastro... ¡Las armas!

YAQUI:

El gobernador da un paso hacia delante, retando a todo el ejército yaqui a tomar acción. Mi guardia lo derriba. No le pongan los cañones en el pecho. No es mi miedo el que habla, es que si encañonas al gobierno, te quedan los días contados.

SANTIAGO:

¡Mantén la palabra de paz como fue jurada!

TIBURCIO:

Ordena que todas las tropas se retiren. Que dejen las armas que tomaron y se vayan del pueblo.

SANTIAGO:

¡Ordénalo!

YORI:

Todas las tropas al mando de Torres se retirarán. Porque si hay algo que Izabal no quiere, es morir en esta tierra. Retirada... ¡Retirada!

YAQUI:

Van a poner sus güicos en el pecho de Izabal. Se van a condenar y el gobierno los va perseguir. Nunca habrá acuerdo. El Yori vuelve a ser quien era.

YORI:

Uno de ellos morirá la siguiente batalla con el gobierno. El otro, vivirá un poco más. El destino de tu gente aún no será de paz.

YAQUI:

Váyase, Santiago. Váyase, Tiburcio. ¿Y qué con el gobernador?

YORI:

Murió después tratando de llegar a Europa. Dicen que con los calzones sucios, como cualquiera al que le ponen las bayonetas en la cara.

YAQUI:

¿Es verdad que todo esto sucederá?

YORI:

Si vives vas a poder verlo tú mismo y atestiguarlo en la memoria de tu gente.

YAQUI:

Un testigo de calamidad y sufrimiento. Sé lo que va a pasar pero no lo sé cambiar.

YORI:

Tienes un año para meditarlo. Saberlo te dará tranquilidad para pensar que más hacer. Es la ventaja que sólo tú puedes tener, y que en tus manos puede convertirse en un cambio de destino para tu pueblo. Vas a ser un soldado único. Tu habilidad va a ser tan grande que te verán enfrentarte sólo contra un ejército de pelones y derrotarlos, como si te convirtieras en diez como tú. Estas son tus recompensas.

YAQUI:

Siento que es demasiado para un alma tan pequeña como la mía.

YORI:

Más razón para darte el poder a ti, compañero. ¿Estás conforme con tu regreso a la vida?

YAQUI:

El camino de mi gente será más difícil mañana. La desgracia no acaba y nos sobrevive a todos. El porvenir es una niebla. Alguien se acerca. Otro conocido. Su sombra es familiar para mí. Pero es tan viejo. ¿Quién eres, hombre?

ANCIANO:

Hubo un tiempo que viví como tú ahora. Me llené el cuerpo de dolor pensando en que la desgracia me había dejado solo. No me podía verme con mis pies enraizados a mi tierra, porque buscaba consuelo volteando al cielo. Y morí seguro de que era afortunado por mi muerte. Mira al yori que está para acompañarte en tu viaje de regreso a la vida y agradece su presencia. Cuando yo estuve en posición de elegir, acepté lo que me dieron. El futuro es incierto, así es siempre. La guerra que peleabas ayer se acabó, pero vendrán otras. Nuestra nación yaqui estará en medio de la balas de batallas ajenas también. Para tener fuerza no podemos perder ni un alma. Hoy soy más viejo de lo que a tu edad pensé que sería. He visto al mundo cambiar. Peleé contra los gobiernos que nos despojaron de nuestra tierra, de nuestras vidas y costumbres. Pero también vi

de cerca a los hombres que quisieron hacernos justicia. El mundo va a seguir siendo como hoy, lo yoris se encargarán de dividirse y dividir, persona por persona. Hasta que cada hombre se sienta que está tan solo que no puede cargar el peso de su propia vida. Pero nosotros los yoemes tenemos paciencia y podemos ver más lejos. Juntos como nación vamos a sobrevivir. Por eso, hoy, el espíritu de tu gente no deja irse a tu alma. El Yori te lo preguntó. ¿Estás conforme con tu destino? Responde con cuidado.

YAQUI:

El anciano me ve fijamente. Sus ojos están opacos por la edad y el sol, pero aún destellan como metal. Él sabe bien quién soy. Mejor que yo.

ANCIANO:

Tengo toda mi vida vivida, Yoeme. Percibes bien, te conozco mejor que tú.

YAQUI:

¿Y mi familia?

ANCIANO:

Te van a esperar. Yo mismo me voy a encargar de ver por ellos mientras llegas tú. ¿Tu respuesta?

YAQUI:

Sí. Voy a vivir.

ANCIANO:

Toma mi buuam. Póntelo. Cúbrete la cabeza todos los días con él. Que te recuerde que nada de esto debe escaparse de tu memoria. Enemigo Yori. Cumpliste tu encomienda. Todo lo que debía suceder, sucedió.

YAQUI:

Mi decisión, ¿ya estaba vista?

ANCIANO:

Piensa en el destino como un esfuerzo de paciencia. Las cosas suceden como deben suceder, pero el motor del provenir es nuestra voluntad. Tú ya habías elegido un destino.

YORI:

Para ti no habrá muerte, compañero.

YAQUI:

La aceptación del cargo.

YORI:

Tú aceptaste el juramento. Tú contestaste sí y pusiste tu cuerpo y tu alma en manos de la sabiduría de tu pueblo. Para ti no habrá muerte, te dijeron. La decisión se tomó entonces: vas a vivir.

ANCIANO:

El Yoeme sin fé que eras estaba condenado y su destino era morir aquí. Sólo un hombre convencido puede volver a la vida. Mi trabajo está hecho. Yori, perdona a este yoeme que te mató.

YORI:

No guardo rencor ni coraje. Lo he perdonado.

ANCIANO:

Nos veremos otra vez, yoeme.

YAQUI:

Nos vamos a ver. El anciano es mi mejor augurio. Nos vamos a ver de nuevo. No voy a morir... No voy a morir porque es mi mandato... he estado peleando en contra de mi gente, de mi juramento. Me negué a cumplir mi compromiso. Dejé de pensar como yoeme, y los yoemes me lo reclaman. Quieren que me quede. El espíritu yaqui escogió a un yori para decirme cuál es su voluntad. Sólo un hombre con fe sería capaz de escuchar la verdad de la boca del enemigo.

YORI:

Compañero, no hay más que yo tenga que decirte. Ha sido un honor acompañarte a encontrar tu destino. Cuando vuelvas aquí, será un gusto verte como otro hombre. Hasta entonces, compañero.

YAQUI:

El sol vuelve a brillar sobre el monte. Puedo reconocer dónde estoy. Mi corazón late con la fuerza del venado. Puedo sentir mi cuerpo lleno de vida nueva. Mi familia... mi hijo... mi esposa... mis amigos... aún no puedo ir a estar con ustedes. Ahora que el espíritu yaqui me guía puedo entender mi misión. Enemigo Yori, ahora puedo responderle a quien te trajo para convencerme: Sí, para mí no habrá muerte. Lo entiendo, mi alma va a tener paz mientras esté en manos de mi gente. ¡Escúchame, espíritu yoeme!

Mi fuerza es la de mi pueblo y mi vida será tan larga como sea la voluntad de tu sabiduría. Diré una última plegaria en este lugar: Espíritu de mi pueblo, tú que tienes tanto poder como sabiduría. Guíame con mi gente, es tiempo de seguir con mi misión.